

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: Dios da fuerza al cansado
(7 días)

**Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen**



Dios da fuerza al cansado (7 días)

Día 1

Is. 40:18.25-31; Stg. 1:17

Todos conocemos la situación de cansancio y agotamiento. Cuando nos faltan las fuerzas el día nuevo ya se hace pesada carga, una tarea difícil o la próxima conversación nos pesa tremendamente; no sabemos cómo podremos soportar el día con sus exigencias y aflicciones. ¿Qué se necesita en tal situación de agotamiento?

En primer lugar seguramente descanso y poder dormir. Pero después también en forma especial la mirada a Dios y un nuevo encuentro con Él, para que nuevamente podamos captar cuán bueno, cuán fiel y maravilloso es Él. En el párrafo de Isaías cap. 40 Dios se revela como el Incomparable, al cual nadie y nada en el mundo alcanza. Tres aspectos queremos destacar:

Primero: No se olvide; ¡usted tiene un Dios incomparable! “A qué, pues, me haréis semejante o me compararán?” Nuestra mente no puede abarcar la grandeza de Dios. Isaías lo experimentó como el Santo (Is. 6:3). Él en Su manera de ser no está dividido, una vez bueno, una vez malo, sino en todo, hasta lo más profundo, Él es puro, sin pensamientos traicioneros, completamente confiable.

Con el “Padre de las luces no hay mudanza, ni sombra de variación”. Con lo malo Él no tiene nada que ver, al contrario, Él lo odia. Él es completamente bueno. El evangelista Juan escribe: “Dios es luz y no hay ningunas tinieblas en él”. “Dios es amor”. (1.Jn. 1:5; 4:8; comp. Ap. 4:8).

Porque Dios es único y singular podemos confiarle toda nuestra vida y esperar en Él, en cualquier situación, por más difícil que sea. “Ni nunca oyeron, ni oídos percibieron, ni ojo ha visto a Dios fuera de ti, que hiciese por el que en él espera”. (Is. 64:4; lea Is. 46:3-5; 50:10; Jer. 9:22.23)

Día 2

Is. 40:25.26; Jer. 10:6-16

¿Quién es nuestro Dios? Para ilustrar esto Él mismo señala al cielo estrellado lo que nos hace percibir algo de Su grandeza divina. “Levantad en alto vuestros ojos, y mirad quién creó estas cosas?” ¿Quién de nosotros no se entusiasma en una noche clara al ver la hermosura del cielo estrellado? Si nos informamos además acerca de las estructuras dentro del universo y la extensión del cosmos, entonces vemos que esto sobrepasa nuestra imaginación.

Sin embargo para nuestro Dios tales grandezas son pequeñeces. Él conoce el número de las estrellas en las profundidades del cosmos y gobierna sobre ellas. Las personas que piensan que su destino estuviera determinado por las estrellas, le dan demasiada importancia a esa parte de la creación de Dios. Nuestro camino de la vida no se determina por las estrellas o sus constelaciones, sino que está en la mano de aquel que creó las estrellas. Respecto al futuro, Dios no nos entrega a los astrólogos y sus intérpretes. Él rechaza estas prácticas. “Porque es abominación para Jehová cualquiera que hace estas cosas ... Perfecto serás delante de Jehová tu Dios” (Dt. 18:12.13; lea Job 31:24-28; Is. 43:10-13; 47:13; Jer. 8:7.9).

El que cree que las estrellas rigen su vida, se separa con esto del Dios vivo y las tiene a ellas por dioses. “Yo soy Jehová tu Dios. No tendrás dioses ajenos delante de mí”. Dios nos ofrece que amarremos nuestra vida sola y totalmente a Él. Él, el Creador del universo, se hizo conocer en Su Hijo Jesucristo. “En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él” (1.Jn. 4:9).

¡Qué privilegio; nosotros podemos ser hijos de Dios y llamarlo a Él nuestro Padre! A Él podemos entregar nuestro futuro. (Lea 1.Jn. 3:1.2; Is. 42:8.9; 45:11.12; Éx. 20:1-5.)

Día 3

Is. 40:27.28; Sal. 31:22

Ninguna estrella en las extremidades amplias y profundas queda olvidada de nuestro Dios, sin embargo el pueblo de Dios decía: “Mi camino está escondido de Jehová, y de mi Dios pasó mi juicio”. ¿Acaso no pensamos muchas veces de la misma manera, especialmente en tiempos de desilusiones o agotamiento: El Señor no me tiene en cuenta, Él me ha olvidado?

Dios responde a esa actitud desalentadora: “¿No has sabido, no has oído que el Dios eterno es Jehová, el que creó los confines de la tierra? No desfallece, ni se fatiga con cansancio, y su entendimiento no hay quien lo alcance” (v. 28) En realidad lo deberíamos saber mejor cómo es nuestro Dios. Pero demasiado rápido nos preocupamos y le damos lugar a dudas.

Por eso, no se olvide usted: ¡Usted tiene un Dios incomparable! ¡A Él no le pasa nada por alto! Tampoco se olvida de usted. Si Él piensa en los gorriones, ¡cuánto más pensará en nosotros! (Lea Mt. 10:29-31; Mr. 8:17-21; Dt. 33:27.28; Is. 49:13-16; Jer. 31:16.17.)

Dios no necesita tiempos de descanso como nosotros. Él no se cansa. Su poder y fuerza no disminuyen. “He aquí no se adormecerá ni dormirá el que guarda a Israel” (Sal. 121:4). “Dios tiene un brazo más largo, y más fuerza que todos sus adversarios. La causa de Dios en la tierra no depende de la medida de nuestra fuerza que se agota tan rápido” (H. Lamparter).

“Su entendimiento no hay quien lo alcance”. Cuántos profesionales deben decir a veces: “Lo siento, ¡aquí no sé qué hacer!” Nuestro Dios nunca está desorientado. Jesús se llama: “Admirable, consejero ... (Lea Is. 9:6.)

Paul Gerhardt compuso en medio de grandes aflicciones varias canciones, una estrofa dice lo siguiente: “Tú tienes caminos por todos lados, no te faltan los medios. Tú hacer es bendición pura, tú caminar es luz. Tú obra nadie puede estorbar, tu labor no descansa, pues tú haces lo que es bueno para tus hijos”. (Lea Sal. 37:5; 16:5-8; 138:3.8; Fil. 1:6.)

Día 4

Is. 40:29-31; Fil. 4:13

Segundo: No se olvide, ¡Dios quiere compartir con nosotros Su fuerza! Hombres jóvenes, que están en la cumbre de su poder físico se ponen como ejemplo, que también la mayor fuerza humana alguna vez se agota. “Los muchachos se fatigan y se cansan, los jóvenes flaquean y caen”. ¡Cuán fácilmente desaparece nuestra fuerza! Esta experiencia la hacemos todos, unos antes, otros más tarde. Sin embargo Dios en Is. 40 da una promesa sorprendente: “Él da esfuerzo al cansado y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas”

A todos los que se apoyan en Él les promete renovar sus fuerzas. Con esto no se refiere precisamente a la fuerza de los músculos, pero sí fuerza para soportar; fuerza para poder cumplir las exigencias de cada día; fuerza para no perder el ánimo aún en recaídas, fuerzas para poder seguir con alegría, aún bajo presión; fuerza para poder servir al Señor aún en situaciones desfavorables y para alabarlo y ser agradecido. Dios no nos dará la fuerza para todo lo que queremos hacer, pero para todo aquello que debemos hacer según Su voluntad. (Lea 2.Co. 4:7-9; 12:7-10.)

¿A quienes da esa fuerza? A todos los que esperan en Él, a los que confiadamente se apoyan en Él. En el Sal. 91:14 dice Dios de uno que le dijo en confianza, orando: “Por cuanto en mí ha puesto su amor, yo también lo libraré” (textualmente: él se ha pegado a mí, está inseparablemente unido a mí). Aferrarse a este Dios poderoso puede hacer aún la persona más débil, pero cuya fe es pequeña como el grano de mostaza.

El hombre que por su hijo enfermo llegó a Jesús, rogó: “Creo, Señor, ayuda a mi incredulidad”, esto quiere decir “ayúdame a salir de mi falta de fe”. Con esta petición se amarraba, se aferraba a Jesús. Esto también podemos hacer hoy. (Lea Sal. 27:12-14; 28:7; Is. 25:9; 26:3.4.)

Día 5

Is. 40:31; 45:24

Pero “los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán”. Con la energía del águila la que emplea cuando se levanta a las alturas, se compara la fuerza la que Dios otorga. Esa fuerza nos levanta para que podamos ver los problemas y aflicciones desde la perspectiva de los pájaros, para que los podamos relacionar confiadamente con nuestro incomparable Dios. Así podemos soportar situaciones difíciles. “Dios no consuela de manera que nos quita el sufrimiento, sino que nos da fuerza para llevarlo” (A. Schlatter). (Lea Sal. 27:1; 103:3-5; 2.Co. 4:1.16-18; Ap. 3:7.8.)

¿Cómo nos comparte Dios Su fuerza? Jesús dijo: “No solo de pan – que da fuerza a nuestro cuerpo – vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mt. 4:4). “La Palabra de Dios es siempre acción, no sólo información. Realmente da fuerza cuando usted la lea” (H. Brandenburg).

No hay mejor recomendación que esta. La lectura diaria de la Biblia fortalece nuestra confianza, y nos anima a esperar pacientemente en el Señor. Recibiremos fuerza porque a través de ella estamos en comunión con el Dios viviente. Él es la fuente de todo poder. Al leer Su Palabra Dios nos da más de Su Espíritu, que es un Espíritu de poder. (Lea 2.Ti. 1:7; Ef. 1:19.20; 3:16; 6:10.)

El Espíritu de Dios despierta en nosotros el anhelo de la conversación con nuestro Padre celestial, pues el Espíritu Santo es un “Espíritu de oración”. Así la oración se forma en una fuente de poder para nosotros. También la comunión con sus hijos Dios nos la dio como un oasis en el que conseguimos fuerza. (Lea Mt. 18:20; Hch. 2:42; Jn. 15:7; Ro. 8:26.27; Fil. 4:7.)

Día 6

Is. 40:31; Gn. 1:26.27

Tercero: ¡No se olvide que usted tiene una alta vocación! Una traducción moderna interpreta el versículo como sigue: “Todos los que ponen su esperanza en el Señor reciben nueva fuerza. Ellos son como águilas a los que crecen poderosas alas”. De un joven águila se cuenta:

Un hombre lo cazó y lo puso en su gallinero junto a las gallinas, patos y patas. Después de un tiempo recibió la visita de un hombre conocedor de la naturaleza, que dijo: “Este pájaro allí no es una gallina, él es un águila”. El propietario estaba de acuerdo con su visitante, pero agregó: “Lo he tratado como una gallina. Ahora ya no es un águila, sino es una gallina”. “No”, contestó el otro, “todavía es un águila, pues tiene el corazón de águila. Este le hará volar hacia arriba”.

Entonces él puso al pájaro sobre su puño levantado hacia arriba. Pero el águila vio a las gallinas comiendo los granos, y saltó hacia abajo para estar con ellas. El propietario dijo triunfante: “Yo te lo dije, él es una gallina”.

El científico en ornitología llevó al águila cierta mañana fuera de la ciudad. Justo se levantaba el sol. Él levantó al águila y le dijo: “Águila, tú eres un águila. Tú perteneces al cielo y no a la tierra. ¡Despliega tus alas y vuela!” Pero el águila miraba a su alrededor, temblaba como si le llenaba una nueva vida, pero no voló. Ahora el hombre le hizo mirar directamente al sol. Entonces el águila de repente desplegaba sus alas, se levantó con un grito, voló hacia arriba más y más, y no volvió nunca más. Él era un águila, aunque fue tratado como una gallina (según J. Aggrey).

¿Vivimos como hijos de Dios según nuestra vocación? “... habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo”. (1.Co. 6:20; lea Ro. 12:1.2; 1.Co. 3:16; Fil. 3:20.21; 1.Jn. 2:15-17).

Día 7

1.Co. 1:9; Ef. 1:15-18

Él era un águila, aunque lo habían criado y tratado como una gallina. Seguramente usted descubrió en el párrafo de ayer las líneas paralelas de nuestra vocación divina. Al hombre se le dice, como en el ejemplo del águila: “Tú eres como una gallina. Todo lo que necesitas es el alimento. El sentido de tu vida es escarbar y picotear en el polvo de la tierra. Otro sentido no tiene tu vida”. En cambio Dios nos creó para tener comunión, conversación con nosotros (Gn. 1:26.27; Ef. 1:4.5).

Él quiere que vivamos en buena relación con Él. Junto a Él, según cuya imagen fuimos creados, encontramos el verdadero sentido de la vida. “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Jn. 10:10b). Por eso el “escarbar la tierra y picotear” nos deja vacíos. (Lea Sal. 36:7-9; Ecl. 2:21-23; Jer. 17:13.14; Lc. 12:19-21.)

Jesús es como este científico en ornitología, el cual nos lleva de vuelta a nuestro destino, a la comunión con Dios. Por eso dejó Su gloria celestial. En la cruz pagó el precio para rescatarnos de la esclavitud de Satanás. Jesucristo entregó Su vida por nuestros pecados, y nos liberó de tener que vivir como se vive en este mundo corrupto dominado por la maldad (comp. Gá. 1:4; He. 2:14-17).

Nuestra vida debe pertenecer ahora a Dios. En eso es decisivo la dirección de nuestra mirada: “... puestos los ojos en Jesús”. No debemos orientarnos por los parámetros de este mundo, sino nos debe guiar la Palabra de Dios. “A Jehová he puesto siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido” (He. 12:2; Sal. 16:8; lea 2.Co. 3:18; He. 3:1).

¡No nos olvidemos de nuestra alta vocación: Tenemos a un Dios incomparable que quiere compartir Su poder con nosotros, y nos ha llamado y liberado para vivir en comunión con Él!